OSMAR GONZALES
SOCIÓLOGO Y DOCTOR POR EL COLEGIO DE MÉXICO

RECIENTE EVENTO DE LAS NACIONES UNIDAS ORGANIZADO POR EL COLEGIO DE MÉXICO.

Desarraigo y retorno

La experiencia del exilio es, ante todo, un aprendizaje, porque pone a prueba nuestras certezas y seguridades. No obstante, quizás el retorno, el aclimatarse nuevamente a una realidad distinta a la que se abandonó, exige mucho más rigor y persistencia que en el extranjero. Así lo demuestra el siguiente testimonio.

A los amigos que hallé en México

Salir y regresar, la aventura por lo extraño y la seguridad de lo conocido son las antípodas de una experiencia que marca a todos aquellos que alguna vez hemos tenido que dejar nuestro país y decidimos volver. El de-sarraigo es una vivencia enriquecedora, sí, pero al mismo tiempo profundamente añorante, que marca a fuego y nos hace observar con otra mirada lo que alguna vez nos fue familiar.

Partí del Perú hacia México en 1992, pocos meses después del autogolpe del 5 de abril y de que me quedara sin trabajo, a seguir una maestría en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso). Dos años y vuelvo, me prometí. Terminé mis estudios, pero en vez de cumplir mi palabra me quedé otros tres años para hacer un doctorado en El Colegio de México. Tres años más y vuelvo, me dije con seguridad. Tampoco cumplí mi promesa esa vez. Me ofrecieron trabajo, dos investigaciones: una sobre aspectos históricos (jesuitas y tlaxcaltecas en los siglos XVI y XVII) y otra sobre la idea del ser humano en tiempos de la globalización. Dos años más y el retorno añorado nuevamente fue postergado. Luego ingresé como subdirector de investigaciones en el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de la Secretaría de Educación Pública. Dos años más. En total nueve años. ¿Por qué me quedé en México todo ese tiempo si lo que quería era volver a mi lindo país?

Para nadie resulta extraño que México ofrece amplias posibilidades para el desarrollo intelectual. Las condiciones favorables existen, tanto en sus instituciones académicas (bibliotecas bien suministradas, becas, apoyo a la investigación, etcétera) como en su entorno sociocultural pletórico de exposiciones, conferencias, debates, invitación de destacados intelectuales de todo el mundo, excelentes revistas y suplementos culturales de los diarios, industria editorial envidiable, librerías bien surtidas y una comunidad académica que estimula a estar siempre bien informado gracias a la facilidad de acceder a los nuevos avances del conocimiento. Todo esto se convierte en un imán poderoso que lo mantiene a uno ligado a dicho país.

Las sensaciones no son las mismas a lo largo del tiempo. Primero, cuando recién arribé a suelo ajeno, el recuerdo de lo que había dejado era muy fresco y cercano; por lo tanto, la tristeza era muy honda. Posteriormente, los nuevos amigos, de todos los países latinoamericanos, con cuyo contacto me enriquecí personal e intelectualmente, hicieron que mi pena fuera dejando su lugar a la sensación de estar aclimatándome, a veces en contra de mi voluntad porque no quería traicionar mi promesa de querer volver. Se trataba de una experiencia cruzada íntimamente por la satisfacción de haber podido alcanzar algunos logros profesionales y la inevitable sensación de pérdida al estar lejos de mi país.

CAMINO DEL RETORNO

En un momento, y por diversas razones de todo tipo, decidí que mi experiencia mexicana había concluido. Además, ya había terminado desastrosamente el episodio fujimorista. Instalado el actual gobierno, Nicolás Lynch, entonces flamante ministro de Educación, me llamó para que colaborara con él. ¿Dónde? Nada menos que en la Biblioteca Nacional del Perú. ¡La Biblioteca Nacional! Qué más podía querer yo, que siempre había estado metido entre los libros que llegar a nuestra primera institución cultural. Acepté inmediatamente. Y, por fin, cumplí mi promesa de nueve años antes: regresar.

Nuevamente, los sentimientos contradictorios se apoderaron de mí. Debía dejar lo que ya de alguna manera había hecho mío, pero al mismo tiempo me emocionaba la idea del reencuentro con lo que tantos años fue el entorno de mi vida. Otra vez, la sensación de desarraigo, pero esta vez retornaba a lo conocido. O al menos así lo creí. Nunca me imaginé cómo había cambiado mi país después de los años que estuve afuera, no sólo en el ámbito político o institucional, sino sobre todo en el aspecto social y, por qué no decirlo, humano.

La violencia política, la larga crisis económica, la corrupción y el autoritarismo nos habían dejado una sociedad prácticamente desgarrada, en la que la desconfianza y el disimulo traidor marcan gran parte de nuestras relaciones, hasta las básicas y cotidianas. Esto no lo supe inmediatamente a mi regreso, pero no tardé en darme cuenta de ello. Sin embargo, estaba convencido que con lo mucho o poco que había aprendido profesional y vitalmente tenía que contribuir, al menos en los pequeños espacios en donde yo me desenvolviera, a reencontrar el buen camino de las relaciones sinceras, que a veces pueden estar atravesadas por momentos difíciles, pero siempre directas, sin las máscaras de la adulación y el "franeleo".

La violencia política, la larga crisis económica, la corrupción y el autoritarismo nos habían dejado una sociedad prácticamente desgarrada, en la que la desconfianza y el disimulo traidor marcan nuestras relaciones.

En México extrañaba muchas cosas del Perú, y ya aquí aquilaté mejor ese ambiente cultural que he descrito y las posibilidades de desarrollo personal que ofrece con generosidad el país azteca. No me arrepiento de mi retorno a pesar de ciertos maltratos, incluso de algunos que consideré amigos. Perdí unas cosas, claro, pero gané otras, y todas ellas me han enseñado que siempre será bueno persistir, sobre todo si el viento está en contra.

La polémica del Rómulo Gallegos

La distinción dada a El vano ayer, del novelista Isaac Rosa, sigue despertando posiciones encontradas. En esta oportunidad, los comentarios vertidos por el crítico literario español Ignacio Echevarría son motivo de respuesta.

MIGUEL GOMES
ESCRITOR VENEZOLANO, DOCENTE DE
LA UNIVERSIDAD DE CONNECTICUT-STORRS (ESTADOS UNIDOS)

ISAAC ROSA (IZQUIERDA) RECIBE EL PREMIO RÓMULO GALLEGOS.

He leído las reflexiones de Ignacio Echeverría acerca del Premio Rómulo Gallegos de Novela 2005, publicadas el viernes 26 de agosto de 2005 en la *Revista de Libros* de *El Mercurio* de Santiago de Chile. Para mi sorpresa, no he visto hasta ahora ninguna respuesta a esas líneas; me animo, por eso, a plantear algunos reparos que me parecen imprescindibles.

Debería comenzar por recordarle al lector desprevenido que desde fines de 2004 Echeverría sostiene una campaña personal contra el diario español *El País*, al que acusa de haberlo censurado. No desmiento ni respaldo la acusación; sólo la menciono para reconstruir con objetividad el horizonte en que habría que encuadrar correctamente el artículo al que me refiero. El primer párrafo de éste, en efecto, arremete contra *El País* por haber casi silenciado el hecho de que el premio que financia el Estado venezolano haya recaído este año en el joven escritor español Isaac Rosa y por haber cedido espacio en sus páginas, en cambio, a "Réquiem por un galardón", ensayo en que el crítico venezolano Gustavo Guerrero denuncia la manipulación del Premio por parte del gobierno de Hugo Chávez. Los dobleces del artículo de Echeverría se inauguran con esta conversión metonímica de Guerrero en un blanco más de una guerra emprendida, antes de la concesión del Rómulo Gallegos, contra una empresa editorial.

Es necesario detenernos en los señalamientos de Guerrero que lo han convertido en involuntario instrumento de dicha maniobra. El venezolano, en su ensayo, sugería que los aparatos culturales del chavismo decidieron homogeneizar políticamente la composición del jurado, temerosos de que se repitiesen los incidentes de la entrega anterior, en la que Fernando Vallejo, el prestigioso novelista colombiano, se atrevió a declarar su desacuerdo con el sistema de ideas con que el gobierno de Chávez se identifica. A mi entender, el de Guerrero es un escrito mesurado, coherente, no ajeno a los matices, que no vacila en reconocer méritos a Rosa sin por ello dejar de recalcar que las circunstancias en que su obra se premia son turbias. En contraste, el artículo de Echeverría, lleno de estridencias, asevera que Guerrero habla desde el "liberalismo radical al que son tan afectas las plutocracias" y que ha contribuido a que se cometa una "iniquidad" contra Rosa. Para colmo, se afirma que hay "desalentadora miseria intelectual" tanto en el ensayo de Guerrero como en otro del mexicano Christopher Domínguez Michael, que ha coincidido con varios de los pareceres de "Réquiem por un galardón".

La iniquidad o la miseria, creo, surge cuando se reducen los razonamientos de Guerrero o Domínguez Michael a pobreza del intelecto o a "liberalismo radical". Estoy familiarizado, por motivos profesionales y por vocación, con la crítica y el ensayo de lengua española que se producen tanto en las universidades como en los círculos literarios y los periodísticos. Francamente, se me hace muy difícil dar con nombres de críticos de la generación de Guerrero o Domínguez Michael que los aventajen en la solidez de su formación o en la solvencia de sus volúmenes y trabajos breves, que ya constituyen puntos de referencia en muchas materias, desde historia de la poética en la tradición occidental hasta el estudio concreto de autores, textos y fenómenos de naturaleza colectiva en el siglo XX y lo que ha transcurrido del XXI.

Con respecto al costado político de sus argumentos, Echeverría saca la conclusión adicional de que la supuesta animadversión contra la novela de Rosa se debe a que esté dotada de "una explícita voluntad de interpelación política, emitida desde un punto de vista inequívocamente izquierdista". La falta de capacidad para el matiz que he destacado anteriormente también se observa aquí, pues Echeverría parece pertenecer al bando de los que juzgan que en el campo político hay esencias no sujetas a las circunstancias o al paso del tiempo, substancias "inequívocas" (por lo tanto, que algo como el célebre *Axis of Evil* –eje del mal– de Mr. George W. Bush pueda ser también posible). En líneas previas, Echeverría nos revela su aporía: "Parece evidente que en la impugnación, por parte de algunos, del nuevo Premio Rómulo Gallegos tiene mucho que ver la comprensible aprensión que el grosero populismo de Chávez despierta en muchos intelectuales". ¿Cómo acusar a *El País* de silenciar hechos importantes cuando el que lo hace a su vez silencia lo que da pie a las preocupaciones de Guerrero? Se le resta importancia al argumento principal de "Réquiem por un galardón" (la transformación del premio en parte de la maquinaria de un régimen "grosero" y "populista", es decir, sólo *equívocamente* de izquierda) para inflar, gracias a una mala lectura, lo que da la impresión de constituir una embestida contra Rosa. Desde luego, materializar ese ataque que no está en los renglones de Guerrero es necesario para poder atacar a *El País*.

IGNACIO ECHEVERRÍA.

GUSTAVO GUERRERO.

Echeverría, además, se ocupa en varios párrafos de inventar el agua tibia; se empeña en sostener algo que nadie sensato desconoce: que en literatura todo es político, incluso lo apolítico. A lo que podría añadirse: y usted, Echeverría ¿no homologa en el campo de la cultura las operaciones del Ego Monádico burgués (tomo la frase de Fredric Jameson) cuando intenta acumular grandes porciones de capital simbólico amparándose en la injusta explotación de discursos ajenos para sus propios fines? Queda bien, es fuente de distinción, ser de izquierda a costa de convertir a los demás, sin ton ni son, en vulgar gente de derecha... Si a otros *equívocos* vamos, Echeverría aprovecha la ocasión para rebajar también a Fernando Vallejo diciendo que su gesto de dar el dinero del premio a la Sociedad Protectora de Animales fue un "inofensivo ademán execratorio", "malditismo de estirpe romántica". Lo cierto es que la inofensividad de Vallejo tuvo el efecto de poner en guardia a los funcionarios del chavismo que se aprestaron a domesticar el premio y a evitar que siguiera siendo tribuna para la crítica.

Cuando el joven Vargas Llosa ganó el Rómulo Gallegos, en tiempos de la Venezuela Saudita, donó su dinero al opositor partido venezolano de izquierda Movimiento al Socialismo (MAS). Me pregunto cuál habrá sido el destino del cheque de la última entrega, ocurrida en un país radicalmente empobrecido, dividido y convulsionado por más de un equívoco que las derechas que son de izquierda y las izquierdas que son de derecha han engendrado. En este mundo parece haber demasiados San Jorges que echan fuego por la boca.